

BIBLIOGRAFIA.

El Dr. D. Alejandro Uribe.

Grande motivo de satisfacción es para mí, y de honra, el presentarme ante vosotros en esta aula insigne.

La benevolencia de Uds., más que mis propios merecimientos, ha hecho que pueda yo contarme en el número de los escogidos que sois vosotros, tal vez porque estais convencidos, como es cierto, de que vengo aquí poseído de los mejores deseos de trabajar con ahinco, y así procurar hacerme digno de la distinción que he recibido.

Deseo que mis primeras palabras sean para expresar mi pro-

fundo reconocimiento á Uds. y especialmente á la amable Comisión Dictaminadora y á los Sres. Académicos concurrentes á la última sesión, quienes me favorecieron con su unánime aceptación.

La fracción 4ª del artículo 7º del reglamento, me impone el deber, que en el caso es grato, de hacer la biografía y el elogio de mi antecesor el Sr. Dr. D. Alejandro Uribe.

Nació en Texcoco el año de 1856 y fué hijo del Sr. Dr. D. Fortino Uribe y de la Sra. Dª Isabel Escalante. En su lugar natal hizo sus primeros estudios con lucimiento y beneplácito de sus preceptores, y á esto se debió que le fuera destinada una beca vacante en la capital del Estado de México, para continuar sus estudios en el Instituto Literario de Toluca, en donde conquistó las mejores notas durante sus cursos preparatorios. El Estado, como nueva recompensa á sus esfuerzos, le concedió una pensión para que pudiera seguir su carrera profesional en la Capital de la República. Durante el tiempo que permaneció en la Escuela N. de Medicina, no desmereció de sus antecedentes, antes bien, los confirmó conquistando el nombre de excepcional estudiante, y, en varios años, premios en los cursos que siguió. Dos raras cualidades demostró desde entonces poseer: Una gran memoria y un decidido é innato amor al estudio de las Ciencias, especialmente las de observación. Ya se comprende el caudal de conocimientos que acaparó y que no hizo mas que enriquecer en el curso, no muy largo, de su vida.

El talento, lumbré divina que, irradiando de los privilegiados cerebros, ilumina á su alrededor con esplendorosos rayos, que alumbra en las tinieblas y ensancha los horizontes, es un don celestial que no siempre está exento de peligros. Quien lo posee podrá llegar á ser un genio, pero á veces, confiando demasiado en sí mismo, abandonará el estudio por el cual podrá, quien quiera que no tenga una superior inteligencia, llegar á adquirir la experiencia de los antepasados, que es, en suma, gran parte del saber.

Y no sólo. La función hace al órgano. Ejercitando las facul-

tades mentales, se perfeccionarán éstas, del propio modo que los ejercicios físicos aumentan la fuerza muscular, á la manera que la corriente logra formar, á la larga, el cauce.

Y era de ver cómo, en el Dr. Uribe, mediante el arduo estudio y la constante gimnástica de sus naturales facultades, se perfeccionaron sus dotes de observación; cómo se robusteció su criterio; cómo adquirió el pronto y fiel conocimiento de las cosas y de los hechos.

Su título profesional de Químico-Farmacéutico lo recibió el año de 1877, y el de Médico-Cirujano en 1882. Una vez obtenidos estos títulos profesionales, se dedicó con más ahinco aún al estudio de las Ciencias Físico-Químicas y Naturales, por las que siempre tuvo predilección.

Modesto por naturaleza, y pensando como el antiguo filósofo, "ego unum scio ut nihil scire," se afanó por asimilarse las sabias enseñanzas de los Maestros; en verificar por sí mismo lo que ya era sabido, para procurarse así cierta experiencia propia. Creía no ser de la talla de los genios que descubren, y era de opinión que la vida es corta y el arte largo, como dice Hipócrates, para aprender. Este conocimiento de sí mismo y de los límites de su propio valer, que en su modestia restringía, fué una de sus cualidades características.

Yo sé, Señores, que entre vosotros puede haber quienes hayan realizado lo que no á muchos está concedido, el ser descubridores; pero también conozco que en los actuales tiempos la soberbia humana está en apogeo.

Cualquiera incipiente operador posee sus pinzas H ó su procedimiento R, y no faltan estudiosos jóvenes que con la mayor facilidad, y hasta buena fe, creen haber descubierto una nueva entidad morbosa, ó haber visto algún desconocido micro-organismo, hasta entonces oculto á la escrutadora mirada de los sabios.

¡Qué buen ejemplo de prudente modestia nos ofrece el Sr. Dr. Uribe, y qué digno de ser imitado!

Entre otros importantes trabajos realizados por él, recuerdo que en unión de un sabio químico que es sin duda de Udes. conocido, el Sr. Prof. Víctor Lucio, discurrió y propuso un procedimiento para la valoración del ázoe total, que más tarde

habría de venir bautizado de Europa con el nombre de dos químicos franceses.

Con la colaboración del mismo señor, implantó en el Consejo de Salubridad numerosos procedimientos rápidos y fieles para el descubrimiento de los fraudes en las sustancias alimenticias.

Al Instituto Patológico Nacional dedicó un método por él discurrido, para la rápida valoración del ácido úrico, y numerosos estudios que, en su conjunto, constituyen un verdadero curso de análisis de química biológica.

Contribuyó con múltiples é interesantes artículos para la formación de la Farmacopea Mexicana, y fué autor de varias memorias, entre ellas una acerca de la glucosa, y otra relativa á la formación y origen de las grasas del organismo.

Muchós é importantes puestos ocupó: Preparador de Farmacia é Historia de las Drogas y de Análisis Química; Profesor adjunto de la cátedra de Farmacia; Profesor por oposición de la clase de Química Biológica, en donde se conquistó el respeto y el cariño de los alumnos, pues supo demostrar con su trato afable y los buenos resultados de su enseñanza, que el Profesor puede ser el amigo del alumno á quien cariñosamente gué por el escabroso camino que él mismo ya pasó con tropezos.

Su sistema de enseñanza encontró algunas críticas injustificadas.

Convencido como estaba de que lo que con dificultad se adquiere, se conserva mejor, dejaba al discípulo que hiciera esfuerzos para aprender, y que por sí mismo viera y se convenciera del por qué de un fracaso experimental. Yo recuerdo haber, durante mis primeros tiempos de preparador de su cátedra, luchado más de un mes queriendo demostrar las reacciones de la urobilina en las orinas normales, pues algunos autores aseguran que allí se encuentra, hasta que me convencí de que dicho cuerpo es un producto patológico, y que en consecuencia no es fácil hallarlo en las orinas normales.

Para demostrar á los alumnos que el indigógeno se desarrolla en las perturbaciones de las funciones intestinales, los estimulaba á verificar por sí mismos la experimentación, ofreciendo quitar una ó dos faltas de asistencia, pecado venial contra el reglamento de la Escuela, á quien se ocasionara una ligera

indigestión con guisos ad hoc. Otras veces prometía buena calificación al que se resignase á ingerir la desagradable comida de prueba y consintiese en sufrir la introducción de la bomba estomacal.

Recientemente la Sociedad de alumnos de la Escuela de Medicina, como justo homenaje de gratitud á su maestro, colocó su retrato en el local de la cátedra que fundó.

Por muchos años fué químico del Consejo de Salubridad, en donde se conquistó el afecto y le estimación de sus jefes, compañeros y subordinados, así como la mala voluntad de los adulteradores.

Como perito químico-legista, tuvo ocasión de manifestar en más de una vez sus grandes dotes de químico y de sagaz observador, descubriendo algunos envenenamientos criminales hechos de mano maestra, como el no muy remoto y sí memorable perpetrado en Torreón, por medio de la aconitina, veneno que, como se sabe, es muy difícil de descubrir.

Su amor al estudio fué la causa que determinó su enfermedad, una oscura lesión pulmonar crónica, y su obstinación en seguir en el trabajo hasta lo último, respirando doce horas por día una atmósfera viciada por los irritantes gases del laboratorio, fué el motivo por lo que su salud fué lenta, pero seguramente minándose, hasta el desenlace fatal: su muerte, ocurrida en Septiembre de 1907, á la edad de 51 años, y muy poco tiempo después de haber ingresado como miembro titular á esta Honorable Academia de Medicina, en donde dejó un vacío no fácil de llenar.

Ya que su nombre quedará inscrito en los archivos de esta Corporación, os pido, por ser de justicia, que su recuerdo quede también grabado en la memoria de Udes., señores Académicos.

México, Enero de 1910.

EMILIO DEL RASO.